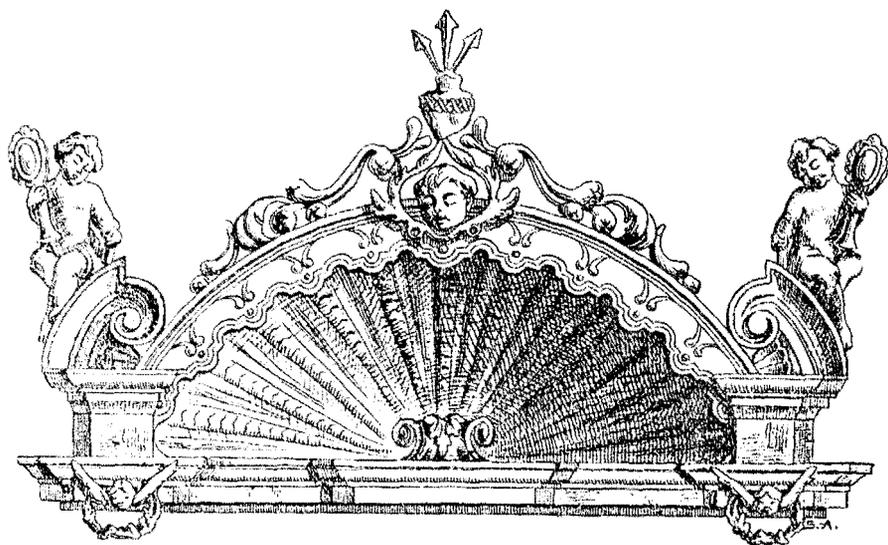


MODO DE ELEGIR ESPOSA
ENTRE LOS INDIOS NATURALES DEL PUEBLO DE SAN GASPAR,
ESTADO DE MÉXICO,
POR EL PBRO. CANUTO FLORES.



En el año de 1899 fuí nombrado cura de Zumpahuacán por disposición del Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Próspero María Alarcón, tomando posesión el 21 de enero del mismo año.

Zumpahuacán ó Tzompahuacán, por las ruinas de sus *teocallis*, construcciones y monumentos, y por los demás vestigios que existen en él, no cabe duda que fué un pueblo floreciente en los tiempos pre-hispánicos, cuya historia y fundación se han perdido en el transcurso de los tiempos.

Está al Sur de Tenancingo, y dista de éste 16 kilómetros. Su posición topográfica es montañosa y abundante en riquísimos y variados ejemplares de mármol, *tecalli*, cuarzo, etc., etc.

Su vegetación, en parte, es pobre y aún miserable, y en parte, exuberante, con alguna varedad de maderas finas.

En sus montañas y barrancas se da con abundancia la palma con que se fabrican los sombreros que reciben este nombre, y hay también millares de magueyes de los que se extrae el *méxcatl* que los indios toman con exageración en todas sus festividades.

Hacia el Sur de Tzompahuacán, y á una distancia de catorce kilómetros, hay un pueblo de indios de raza mexicana, el cual se llama San Gaspar, y una de cuyas costumbres voy á describir, tal como he tenido oportunidad de observarla.

En las parroquias que tienen pueblos distantes, en tiempo de cuaresma el párroco dedica á éstos algunos días para exhortarlos y prepararlos á que cumplan con el precepto anual de la confesión; y para eso tiene necesidad de estar viviendo entre ellos, á fin de atenderlos más de cerca en sus asuntos espirituales.

Una de estas cuaresmas me tocó ir á San Gaspar. Llegué un miércoles, y al toque de campana se reunió el pueblo, que se componía de 800 habitantes, en el templo. Les indiqué el objeto de mi visita y la necesidad que tenían de cumplir con el precepto de la Santa Madre Iglesia, confesándose. Terminado mi discurso, con gran sorpresa ví que un anciano, de los que en los pueblos llaman fiscales, empuñando la vara, símbolo de la autoridad, se colocó á mi derecha, y echando una mirada á la muchedumbre, mirada que hizo bajar los ojos á todos, en su idioma mexicano les dirigió una exhortación, que produjo suspiros y lágrimas, por lo que comprendí la elocuencia de este anciano ó *huehue* (viejo), como le llaman.

Era el anciano de rostro arrugado y venerable, cabeza cana, mirada viva y penetrante, nariz semi-aguileña, dentadura completa, pero gastada hasta las encías, y bigote escaso y blanco, y piocha. Vestía camisa de manta, con botones colorados en el cuello y la pechera, y negros en los puños; calzones de la misma tela, calzoneras de gamuza color de yesca, las cuales le llegaban hasta las rodillas, y calzaba cacles ó *guaraches* de piel de toro, sin curtir, con el pelo por dentro y una correa para sostenerlos por entre los dedos de los pies. Llevaba las calzoneras abrochadas á la cintura por dos grandes botones lisos, de bronce, y una especie de cinturón de cuero llamado *canana*, con tres bolsillos ó compartimientos de la misma piel, que sirven para guardar, en uno el tabaco, en otro el *totomoztle*, ó sean hojas de maíz para hacer cigarrillos, y en el tercero el eslabón y la piedra de pedernal con que encienden lumbre. De su cuello pendía un rosario con su crucecita y un cordón no muy limpio sosteniendo un marquito de hoja de lata con la Virgen de Guadalupe; y por encima de estas cosas, atado á manera de corbata, un pañuelo rayado de colorado y blanco.

Terminado su discurso, todos los oyentes se hincaron; les echó la bendición, y, en silencio y ordenadamente, fueron saliendo del templo.

Al día siguiente, jueves, celebré el Santo Sacrificio de la Misa; en seguida les prediqué y después me senté á confesar. Durante todo el día pude observar que únicamente casadas ó viudas se acercaban al confesionario, y que por la noche venían los hombres de iguales estados.

El viernes, que fué el primero de Cuaresma, dije la Misa á las seis de la mañana, y cuando hube terminado y al comenzar el sermón, ví con admiración que mi auditorio se componía únicamente de ancianos de ambos sexos. Concluída la plática, pregunté al sacristán, que era indio del mismo pueblo, el motivo de aquella novedad extraña para mí, y él, con ese misterio que la gente de su raza acostumbra, me dijo que los jóvenes se estaban aseando y preparando para la *realta* que tenía que verificarse en el cementerio aquella tarde.

Esto me llamó aún más la atención, y guiado por la curiosidad de ver lo que harían los indios esa tarde, manifesté á mis fieles que únicamente confesaría ese día hasta las doce, porque me sentía un poco indispuesto. A tal hora me levanté del confesionario y mandé al sacristán que me llevara la comida á la sacristía y me dejara solo toda la tarde, porque quería estar absolutamente apartado de todo negocio, y únicamente deseaba dormir; le ordené también que me dejara las llaves de la sacristía y que se fuera, advirtiéndole que si algo necesitaba, le tocaría la campana.

Esto lo hice para despistar al sacristán, ó mejor dicho, para quitarle toda sospecha de que yo quería observar sus ceremonias, lo que me dió magnífico resultado. Se fué el sacristán y yo permanecí solo dentro de la iglesia, buscando el modo más cómodo de verlo todo. Subí al coro, y el lugar más á propósito que encontré fué una pequeña ventana ovalada que dominaba el cementerio, tal como lo buscaba y deseaba.

Eran las tres de la tarde, y al toque de campana que dió el sacristán, una gran multitud, por no decir todo el pueblo, se agrupó en el cementerio.

Niños, adultos y ancianos tomaban por asalto las bardas del recinto mortuorio, para ver mejor desde arriba de ellas; las niñas y mujeres permanecían, unas formadas alrededor de las bardas, por dentro, y otras, paradas junto á las tres puertas que tiene el atrio.

Este conjunto semejaba un gran corral en donde fuera á hacerse un jaripeo.

Estando todos los espectadores dentro del cementerio y en el mejor lugar que podían, y ya en silencio, entraron el *huehue*, anciano ya dicho, con una cruz como de metro y medio de largo, adornada con flores de *zempoalxóchitl*, floripondios y hojas de carrizo, tras él un ejército de solteronas como de 35 á 40 años y en seguida otro de solterones.

Las mujeres iban todas bañadas y limpias en sus ropas; con las trenzas atadas con una cinta colorada, y arracadas en las orejas y

flores de rosa de Castilla en la cabeza. Cada una llevaba una escoba adornada con flores de monacillo, y una jícara con un anillo atado á un pañuelo grande y colorado.

Los hombres solterones también iban bañados y limpios en su ropa, llevando cada uno un cántaro llamado *sozocolt*, adornado con las mismas flores de *zempoalxóchitl*, y una jícara grande, vacía. En el hombro izquierdo portaban una reatita nueva y delgada; en el cuello un pañuelo grande, azul, con un anillo, y en la mano una corona de flores de todos colores.

Detrás de esta comitiva iban los músicos, que eran seis; dos tocando chirimías; dos, violines; uno, una tambora, y el otro, una jaranita.

Una vez que el *huehue* llegó á la puerta de la iglesia, que estaba cerrada, se hincó, y á su imitación todos los concurrentes. En seguida entonó un canto en idioma mexicano, acompañado por los solterones. Terminado este canto, el *huehue* los arengó; en seguida la música tocó un sonecito muy alegre, terminado el cual, el *huehue* permaneció en la puerta de la iglesia, á donde le llevaron un asiento de madera para que se sentara, colocándose junto á él los músicos.

Entonces los *topiles* (mozos de la iglesia) regaron agua en todo el atrio, para evitar el polvo, y las mujeres solteronas comenzaron á barrer. Los solterones dejan inmediatamente sus *sozocolos*; toman sus *reatitas*, y ya puestas en aptitud de lazar, de cuatro en cuatro forman una gran valla á las solteronas. De pronto sale un solterón de la valla; dirige una mirada á todas las muchachas, de seguro á la que más le simpatiza; se acerca á ella, le echa una lazada en el cuello, y si la muchacha se queda con la reatita, es señal evidente de que admite las relaciones amorosas del solterón, quedando confirmado con esto el contrato esponsalicio; mas si la doncella, inmediatamente que siente la reatita en su cuello, se la quita y la arroja al suelo, es señal que no admite las relaciones de ese solterón, y en tal caso el novio, decepcionado, se aparta de los demás compañeros de amores.

Y así sucesivamente hacen los demás solterones; y los que han sido afortunados, luego que ven que la solterona se quedó con su reatita, van á traer la corona que ya traían preparada y la ponen en la cabeza de la novia. En seguida le van regando el suelo con agua mezclada con flores, y la novia barriendo.

Una vez que los afortunados salieron victoriosos en su empresa, los decepcionados vuelven á instar haciendo las mismas ceremonias que antes, hasta no encontrar novia ó ver su desengaño

completo por el desprecio de todas, para quedar únicamente con la esperanza de ser más felices en el año venidero; porque hay que advertir que esta ceremonia ó modo de elegir esposa se hace cada año en todos los viernes de Cuaresma. Terminado el acto, y cuando el sol se está ocultando, á sus últimos rayos todos los solterones afortunados se van á colocar en la puerta principal del templo; y puestos en pie á la derecha del *huchue*, allí esperan á sus novias, que, coronadas de flores, se ponen á la izquierda del anciano.

Reunidos así los agraciados, el *huchue* les hace una exhortación en idioma mexicano, la cual después supe era para hacer comprender á los pretendientes la terrible obligación que tenían de respetar á las doncellas elegidas y de no mancillar su honor; pues el que faltase á esto, se sujetaría á horribles penas. Desde ese momento debían de preocuparse por el porvenir de sus esposas y familia, puesto que iban á formar un hogar, y éste debía ser honrado. Había que doblar los esfuerzos para adquirir bienes temporales, á fin de no sufrir la miseria, y que ser cariñosos con sus esposas y obedientes con sus padres, pues por el hecho de haberlas elegido, desde aquel momento tenían que trabajar para alimentarlas y vestir las, y por lo mismo debían de ir á la casa de la prometida para que los padres de ésta vieran sus costumbres, sus trabajos, sus virtudes, su honradez, y si, en una palabra, eran dignos de sus hijas.

A las doncellas les manifestó que debían de ser cariñosas con sus pretendientes, obedientes y fieles á su estado; que, sin necesidad, jamás anduvieran solas por los caminos y campos; que no fueran celosas, porque el celo descomponc los matrimonios.

Terminadas las alocuciones del *huchue*, cada uno de los pretendientes entregaba, delante del anciano, el pañuelo y el anillo á su prometida, y éstos á la vez recibían de la novia otro pañuelo y otro anillo, quedando con esto confirmado el contrato esponsalicio. En tanto, los solterones que entraron á la lid, saliendo desengañados, se habían apartado del grupo de sus compañeros, para ir á confundirse con el grupo de espectadores.

Pasada la entrega de las prendas, el *huchue* se hincó, y á su imitación, todos, delante de la puerta mayor del templo; allí oró un rato, y después entonó un canto muy triste en su idioma. Terminado el canto, los músicos empezaron á tocar; entró la alegría en todos los ánimos, y las familias de las doncellas elegidas dieron sus felicitaciones á los pretendientes y manifestaron sus agradecimientos.

A las siete de la noche terminó todo. Las doncellas que no aceptaron novio, ó que no fueron elegidas, con carrizos enflorados y seguidas de niñas de corta edad, acompañaron hasta sus casas á las doncellas elegidas.

Los solterones decepcionados, también con palmas en las manos, adornadas con flores *zempoalxóchitl*, acompañaron á los afortunados hasta cierta distancia de sus casas.

Villa Guerrero, mayo 24 de 1908.